

## PRESENTACIÓN

Christophe Giudicelli<sup>1</sup> y Carlos D. Paz<sup>2</sup>

Uno de los programas de investigación del Instituto de Estudios Histórico-Sociales “Prof. J. C. Grosso” es aquel abocado al estudio de las poblaciones indígenas del actual territorio argentino, con especial énfasis en los territorios de Pampa-patagonia y, recientemente, el Gran Chaco en su porción argentina. Claro que esta preponderancia temática no excluye el diálogo fecundo con investigadores, tanto de otras áreas como de otros centros de investigación. Resultado de ello es la sección que aquí presentamos y, que reúne cinco trabajos de distintos especialistas, sobre diferentes regiones, y períodos, del continente americano preocupados por brindar explicaciones sobre los procesos de cambio de las identidades de las poblaciones indígenas desde una perspectiva en diálogo con la antropología histórica.

Las discusiones en los últimos años han dado cuenta de una complejidad mucho mayor que aquella que conocíamos de la mano de la renovación historiográfica que comenzó en nuestro país con el retorno de la democracia. De la mano de aquella bocanada de aire fresco, conocimos que las poblaciones indígenas no eran simples depredadoras del medio, y mucho menos, las enemigas del “progreso de la civilización”, tal como proponía una corriente de trabajo que podemos clasificar como una “historia tradicional”. Sin lugar a dudas, poder superar esa fuerte imagen instalada, permitió contar con una nueva agenda de trabajo. Los puntos que comenzarían a plantearse desde fines de los años ‘80 convergían sobre la necesidad de colocar a las poblaciones indígenas en el centro de la escena de sus actos y brindar explicaciones sobre la historia de esos grupos. Los procesos de integración, tanto entre las poblaciones indígenas, como la complejización de las relaciones de éstas con aquellos conjuntos que se asentaban allende sus fronteras, nos pusieron delante de una realidad tan compleja como rica en matices.

Claro que el nuevo estado de la cuestión con que pudimos comenzar a replantear nuestros supuestos pudo ser posible, en buena medida, por el diálogo con otras historiografías que no habían sufrido el peso de las censuras y el menosprecio por ciertos problemas de investigación. El conocimiento generado sobre las áreas nucleares de poblamiento del continente -tanto con antelación a la llegada de los conquistadores así como luego de la invasión y colonización- y los procesos de transformación de aquellos grupos se constituyó como un óptimo interlocutor para aquellos que transitaban los nuevos tiempos.

<sup>1</sup> Université Paris III - Sorbonne Nouvelle CRAEC/CERMA. Correo-e: cjudicelli.terra@wanadoo.fr.

<sup>2</sup> UNCPBA – FCH / IEHS – CONICET. Correos-e: paz\_carlos@yahoo.com / ychoalay@yahoo.fr.

Las poblaciones indígenas comenzaron, lentamente, a presentarse como agentes de su propia historia. Una historia que se tejía en una profunda inter-relación con las autoridades coloniales; claro está, en segundo lugar, que no sólo con aquellas los naturales de la tierra, por tomar un deíctico propio de las fuentes coloniales, establecieron vínculos. Las poblaciones de “uno” y “otro” lado de “las fronteras” no sólo trababan relación y fortalecían lazos, sino que mostraban que las fronteras, en su vieja acepción, sólo eran una realidad administrativa. Lentamente se fueron construyendo espacios, y coyunturas pacíficas o no, de relación entre los actores. Del mismo modo las historiografías recientes comenzaron a tener mayores cruces disciplinarios en sus investigaciones. Los historiadores, así como los antropólogos, comenzaron a dejar paso a las fronteras de las disciplinas generando conexiones entre “dos”, o más “mundos” profundamente interconectados.<sup>3</sup>

Dentro de este nuevo panorama debíamos de reordenar toda la información que poseíamos y era una necesidad imperiosa, como estimamos continúa siendo, centrarnos en los cambios que las poblaciones indígenas habían sufrido desde los primeros años de la invasión al continente. Quizás uno de los más notables fue la afectación de los usos del espacio que llevaban a cabo. Cecilia Sheridan estudia las relaciones de tensión que existieron entre los indígenas por los cambios, y, a veces, resignificaciones de la organización territorial así como por los intentos españoles de transformar a los nativos y a sus territorios, en el espacio del noroeste novohispano. Allí, de la mano de la acción misional, de las acciones militares y de los efectos de la colonización, para la segunda mitad del siglo XVIII, se pone sobre el tapete la tensión entre un modelo de relación territorial que se quiebra —el modo indígena— producto de la acción disruptiva llevada adelante por las autoridades coloniales. Junto con estas interrupciones asistimos a una nueva configuración de las relaciones sociales establecidas entre grupos e individuos. Ahora bien, una interesante cuestión es la siguiente, ¿los deícticos que aparecen consignados en los documentos daban cuenta cabal del proceso señalado?. Una respuesta ensayada por Sheridan es qué los nombres de aquellos grupos que aparecen en el registro documental son los de aquellos que sobrevivieron a las políticas coloniales de reacomodamiento, algunas veces implementando nuevas formas de liderazgo.

Habíamos mencionado con anterioridad que los grupos eran conjuntos por demás dinámicos y hacedores de su historia. Por ello es qué las categorías que poseíamos para el análisis, si bien procedentes del cuerpo documental, comenzaron a ocultarnos más de aquello que nos parecían mostrar. El uso de dichas formas de referencia hacia los nativos no expresaba nada más que la necesidad que poseían los conquistadores de poder asir ese mundo indígena tan dinámico como conflictivo que se presentaba frente a sus ojos. Esa

<sup>3</sup> Al respecto son más que sugerentes los aportes que realiza Serge Gruzinski (2001) sobre lo que el autor considera no sólo una forma de trabajo sino una necesidad para superar lo que denomina como la “historia eurocéntrica”, donde el mundo de la Monarquía católica representó una gran esfera de relación-negociación entre personas, poderes e instituciones. Al respecto Cfr. Gruzinski (2001) “Les mondes mêlés de la Monarchie catholique et autres connected histories” en *Annales, Histoire, Sciences Sociales*, 1, pp. 85-117, janvier-février 2001. Una versión abreviada del trabajo citado se encuentra publicado en castellano en *Memoria Americana, Cuadernos de Etnohistoria*. Instituto de Ciencias Antropológicas. Buenos Aires, FFyLL, UBA, 2003, Nro. 11, pp. 9-32. Algunas cuestiones señeras de la mencionadas habían sido ya sostenidas por Wolf, Eric, 1987, *Europa y la gente sin Historia*. México. FCE.

construcción identitaria *ex professo*, y el análisis crítico de la misma, es lo que nos presenta Christophe Giudicelli, en consonancia con la investigación de Sheridan.

Giudicelli nos pone delante una narrativa colonial que se asemeja mucho a los recortes que realiza el historiador a la hora de componer su objeto de estudio y reducirlo a la unidad, aunque muchas veces esos recortes nos lleven a crear imágenes ajenas a la realidad. Las categorías de las que da cuenta en su trabajo, tal como señala, no nos brindan una lectura naturalista de los grupos que consideramos étnicos. Todo lo contrario, nos muestran –si seguimos la tónica impuesta por el cuerpo documental del siglo XVI-XVII- pueblos con escasos, o nulos, grados de interconexión. Nada más alejado de la realidad. Por ello es que, según la sugerencia de Giudicelli, debemos de volver constantemente sobre las dinámicas de las poblaciones dejando de lado la idea teleológica del Estado como parámetro válido para el análisis. Las sociedades indígenas de las que se dan cuenta –calchaquíes, pulares, omagacuas, etc.- son las que desarrollaron, tal como habían hecho desde mucho antes de la llegada de los conquistadores, formas de organización adaptables a nuevas condiciones políticas.

Quizás, la forma de control del espacio que pretendió imponer la mayor de las rupturas, en lo que hace a las estructuras políticas del mundo indígena, fue la Misión, con especial énfasis en las creadas por la Compañía de Jesús. Los espacios reduccionales, a cargo de los sacerdotes jesuitas, habían sido concebidos desde los planes presentados por los doctrineros, ante las autoridades coloniales –así como una buena parte de la historiografía reprodujo de forma acrítica- como espacios cerrados sobre sí mismos y con escasas vinculaciones. Con esta base Guillermo Wilde plantea la necesidad de abandonar la idea maniquea de conjuntos aislados, en relación con los indígenas reducidos y no reducidos. De esta forma, continuar con el análisis de las relaciones inter-étnicas en los términos planteados ocluye la posibilidad de comprender las lógicas desarrolladas por los actores y de considerar al espacio misional como permeable.

Dentro de las dinámicas culturales implementadas por los sacerdotes así como por los indígenas, encontramos una gran porosidad de los espacios y las gentes. Los montes y las estancias –ámbitos sociales dónde la vida podía reproducirse- son un claro ejemplo de ello. En esos espacios es dónde los indígenas lograban obtener bienes que luego ingresaban en distintas esferas de circulación. Aquellos bienes eran los que, en buena medida conseguían concertar alianzas entre los distintos grupos. Los cuales eran por demás heterogéneos aunque no necesariamente contrastantes; grupos que algunas veces entraban en tensión producto de la disidencia de sus proyectos políticos. Este es el caso que examina Paz mediante el análisis que realiza de un reclamo presentado por escrito ante el Virrey por parte de un cacique abipón, luego de la Expulsión de la Compañía de Jesús. El dominio de la escritura entre los indígenas americanos no es un punto desconocido pero no necesariamente siempre abordado. El Memorial reseñado y analizado nos introduce en la trama de negocios que possibilitaba el clima político de la sociedad santafesina de fines del siglo XVIII. De ese momento histórico, y de la fluidez de las alianzas y las fronteras, da cuenta nuestro interlocutor letrado.

Las políticas de pactos, para el caso de Pampa-patagonia, como en otras latitudes, poseían una profunda relación con las ceremonias colectivas dónde la comida, la bebida y el poder se daban cita; este punto es el que analizan en extenso Daniel Villar y Juan Francisco Jiménez. Los *convites*, según los autores, implicaban una gran movilización de

recursos. Aspecto que nos remite no sólo a la figura central de quién otorgaba los bienes, sino que el convocar a una comida ponía en movimiento toda una red de personas allegadas, ya fueran estas parientes sanguíneos o por afinidad. En estas reuniones donde se trataban asuntos de tinte político –en el sentido extenso del término- la bebida ocupaba un lugar central. Lugar que no siempre ha ocupado en la producción historiográfica más allá de algunas referencias puntuales, nuevamente, para las áreas nucleares del continente.

Los encuentros para comer y beber, al estar diametralmente opuestos a las representaciones de poder a las que estaban acostumbrados los españoles y algunos criollos, se constituyeron, no sólo desde la fuerza de los relatos, en espacios de discusión para delinear políticas a implementar para con los hispano-criollos sino que además podían adquirir la función de dirimir cuestiones con otros líderes indígenas. Las transformaciones que habían tenido lugar en el seno de las sociedades nativas, y su correlato con las políticas a seguir con aquellos que se entablaba negociación –de corte pactista o no-, no quedarían fuera de este ámbito de la vida social de los indígenas.

En resumen, con los trabajos que presentamos en esta sección, estimamos realizar una contribución para el estudio de las poblaciones nativas desde una óptica que supere la antinomia planteada desde el enfoque de las relaciones inter-étnicas. La propuesta no es descartar las cuestiones de identificación étnica de los pueblos nativos sino que, creemos, es necesario volver sobre los grupos sociales con una visión tan dinámica como sea posible. De ese modo podremos acercarnos a ellos superando aquella visión segmentarista, resultado de taxonomías propias de la implementación acrítica del sistema de diacríticos propuesto por Barth, hace ya algunos años.<sup>4</sup> Lo que nos permiten ver muy claramente los trabajos aquí publicados es que las poblaciones nativas, y aquellas que se fueron conformando como producto de la relación entre nativos y foráneos, no sólo eran sumamente dinámicas sino que incorporaban, y transformaban, los usos y costumbres de otras unidades sociales en función de sus necesidades.

No es que las sociedades indígenas desconocieran “adentros” y “afueras” de su sociedad, tanto menos como la necesidad de integrarse, en la medida que no afectara sus intereses, con los conjuntos humanos con los que entraban en contacto. Sin embargo, las mismas se encontraban lejos de esencialismos taxonómicos de corte antropológico. El abandono de los mismos, historizando las categorías antropológicas, sin lugar a dudas, representará el surgimiento de nuevos canales de discusión académicos.

---

<sup>4</sup> Nos referimos a Barth, Frederick (Comp.), *Los grupos étnicos y sus fronteras. La organización social de las diferencias culturales*, México, FCE, 1976.